

No hace falta decir que algo muy notable ocurrió hace 250 años, el 4 de julio de 1776. La Revolución ya estaba muy avanzada; en junio, el Segundo Congreso Continental había nombrado al “Comité de los cinco” consistiendo a John Adams, Benjamin Franklin, Thomas Jefferson, Robert R. Livingston y Roger Sherman para redactar lo que a lo largo de un mes se convirtió en la Declaración de la Independencia de la Corona Británica. El Congreso aprobó el lenguaje redactado el 4 de julio, la fecha que se convertiría en nuestra fiesta nacional. Sin embargo, a fines del 1700, después de vencer la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, algo muy americano comenzó a ocurrir: comenzamos a discutir sobre la Declaración, en la medida que el ambiente político de nuestra nueva nación evolucionaba. ¿Acaso el tono era muy británico, ó muy francés? No fue hasta décadas después de la Guerra de 1812 que su consideración como documento fundamental, al igual que la Constitución y la Carta de Derechos se solidificaron.

Aquella disidencia temprana refleja el comienzo de una rica tradición que se amplía a lo largo de los siguientes 250 años, de una continúa re-examinación de nuestros documentos fundamentales, nuestro gobierno, lo que significa ser una democracia, quién puede participar en ella, y últimamente cómo evolucionamos y crecemos como país en una forma que hace honor a la intención de nuestros fundadores, pero que nos permite prosperar en el siglo XXI. El libro [La mejor declaración de la historia](#) por Walter Isaacson es un ejemplo reciente de este esfuerzo, que se sumerge en los matices pasado y presente del segmento más citado de la Declaración: *“Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos se encuentran la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”*.

Esta re-examinación continúa es posible gracias al acceso que tenemos a estos documentos, al igual que la investigación y comentario alrededor de ellos, y ahí es donde la biblioteca pública entra. Para reforzar este acceso y fomentar la curiosidad, las Bibliotecas Públicas de Santa Cruz utilizaron una generosa donación de la Fundación Andrew Carnegie para adquirir títulos nuevos y actualizados relacionados con estas obras fundamentales, el funcionamiento del gobierno y nuestra evolución como país desde 1776. En nuestras colecciones encontrarás copias nuevas de los trabajos de los fundadores que incluyen a Franklin, Jefferson, Hamilton y Paine. Encontrarás opiniones de escritores que vinieron después como Emerson, de Tocqueville, y Whitman. Encontrarás análisis contemporáneos de nombres familiares como Burns, Klinenberg, Lepore, McCullough, Cox Richardson y Solnit. Una selección de estos títulos están disponibles bajo la lista “250th Reads” bajo la sección de Lecturas Recomendadas en nuestra nueva aplicación móvil de la biblioteca, que incluye a Isaacson.

Las bibliotecas han sido a lo largo del tiempo un recurso para las personas que quieren iniciar una revolución. Muchas de estas son revoluciones personales - aprender una habilidad nueva, encontrar perspectivas para cambiar el estilo de vida, o conectar con una organización comunitaria. Nuestros recursos también pueden llevarte más allá de lo personal al brindarte la historia e información que puede inspirarte a seguir a nuestros fundadores al servir en nuestro gobierno o postularte para un cargo. Estos pensamientos e ideas son la continúa personificación de los valores encontrados en la Declaración de la Independencia. ¡Feliz día de la independencia de parte de las Bibliotecas Públicas de Santa Cruz!